

ANDRÉS AZÓCAR

Tompkins

EL MILLONARIO VERDE



EDICIONES
UNIVERSIDAD DIEGO PORTALES

Catalonia

udp Escuela de Periodismo

AZÓCAR ZAMUDIO, ANDRÉS

Tompkins. El millonario verde / Andrés Azócar Zamudio

Santiago de Chile: Catalonia, Periodismo UDP, 2016

256 pp. 15 x 23 cm

ISBN 978-956-324-449-6

PERIODISMO DE INVESTIGACIÓN

CH 070.40.72

Este libro forma parte de la colección de periodismo de investigación desarrollada al alero del Centro de Investigación y Publicaciones (CIP) de la Facultad de Comunicación y Letras UDP.

Diseño de portada: Cortés | Justiniano

Fotografía de portada: Víctor Rojas

Composición: Mario Mora Sanhueza

Impresión: Salesianos Impresores S.A.

Edición: Andrea Palet

Dirección editorial: Arturo Infante Reñasco

Todos los derechos reservados.
Esta publicación no puede ser reproducida,
en todo o en parte, ni registrada o transmitida
por sistema alguno de recuperación de información, en ninguna
forma o medio, sea mecánico, fotoquímico, electrónico, magnético,
electroóptico, por fotocopia o cualquier otro,
sin permiso previo, por escrito,
de la editorial.

Primera edición: agosto, 2016

ISBN 978-956-324-449-6

Registro de Propiedad Intelectual N° xxx.xxx


© Andrés Azócar Zamudio, 2007, 2016

© CIP-UDP y Editorial Catalonia, 2016

Santa Isabel 1235, Providencia

Santiago de Chile

www.catalonia.cl -  @catalonialibros

www.cip.udp.cl/investigacion -  @cip_udp

A Gigi y Leo

ÍNDICE

Prólogo. Florencio Ceballos.....	11
La despedida	19
Empresario	29
Vecino.....	71
Enemigo.....	143
Ecologista.....	205
Índice onomástico	247

PRÓLOGO

La batalla de Douglas Tompkins por crear un enorme santuario en los bosques templados húmedos de la Patagonia chilena y argentina contiene varias historias en una. Dos de ellas: fue una epopeya personal marcada por una voluntad inquebrantable, y también una síntesis bastante precisa de un cuarto de siglo en el que Chile cambió más de lo que a veces se permite reconocer. *Tompkins, el millonario verde* puede por lo tanto leerse en varias claves. Ciertamente como biografía personal, pero además como un vistazo a las profundidades oscuras del modelo del Chile posdictadura, e incluso, si levantamos un poco la vista, como testimonio de un cambio de época para la filantropía global, los movimientos ambientalistas y la cultura empresarial estadounidense. Este libro tiene el mérito de reconocer esas claves y entretejerlas para el lector, moviéndose ágilmente de lo anecdótico a lo sustantivo, de lo local a lo global.

Mirada desde la actualidad, la historia de Pumalín –la pieza más difícil y por lo mismo más emblemática de la visión de Tompkins– produce cierta perplejidad. Una perplejidad que transita entre una doble constatación: estamos ante una sociedad que mutó radicalmente en un cuarto de siglo, y sin embargo, a lo largo de esa mutación los nombres de los actores se repiten con porfía. Los años 90 fueron una década extraña y definitoria, más allá de los clichés facilistas, del Chile que se construyó tras la dictadura y de las dificultades enormes de su desmonte. Robándole la idea a Hobsbawm, fue una década corta. Se inició en realidad a fines del gobierno de Aylwin, cuando la primera fase de la transición institucional se había consolidado, los boinazos ya no eran una opción y todos entendimos –con decepción, con dolor, con alivio, con entusiasmo, eso depende de cada uno– qué era y qué no era lo que se venía tras el fin de la dictadura. Y se cerró alrededor de 1998-1999, cuando la crisis asiática finalmente golpeó con fuerza al autodenominado jaguar latinoamericano –poniendo coto al exceso de optimismo y la soberbia de nuestra clase política y empresarial–, cuando Pinochet quedó desnudo

tras su detención en Londres y el primer presidente de izquierda desde Allende –o lo que el Chile de entonces estaba dispuesto a reconocer como izquierda– se veía como una posibilidad cierta.

Los 90 son, ante todo, la década de Frei Ruiz-Tagle. Posiblemente el presidente menos carismático desde el retorno de la democracia sea también el que marcó con mayor fuerza un cierto *ethos* de la élite de la posdictadura, una cierta forma de entender el capitalismo «a la chilena», los circuitos tácitos del poder, sus prerrogativas y difusos límites. Un *ethos* que solo comenzaría a cuartearse ya bien entrado el siglo XXI cuando una nueva oleada de reivindicaciones sociales –algunas de ellas históricas, otras impensables hace una década– emergió a la superficie y la famosa «crisis de legitimidad» hizo notar la fecha de vencimiento de un pacto social jamás explicitado.

Lo que hoy pareciera ser la columna vertebral de cualquier crítica a los vacíos y deudas transicionales, a saber, las relaciones incestuosas entre agentes del Estado, grandes empresarios –millonarios como el personaje de este libro–, la jerarquía de la Iglesia Católica, cierta prensa oligopólica y un mundo militar «empoderado» en su rol de garante de la institucionalidad, se nos revela en la historia de Tompkins y Pumalín de manera prístina y por momentos absurda. ¿Qué estructuras profundas del poder en Chile hicieron factible que un gringo filántropo, ambientalista y quitado de bulla, pero también un empresario californiano educado en la impecable lógica capitalista del dinamismo, la voluntad y los resultados, lograra encarnar como ningún otro los demonios de la fronda? ¿Qué Chile era ese en que desacreditar a alguien requería presentarlo como enemigo del progreso económico, promotor del aborto, amenaza a la soberanía nacional, ecologista «radical», agente sionista, soberbio desconocedor de nuestra idiosincrasia y usurpador de colonos?

Tompkins catalizó como ningún otro ese particular pacto de las élites que fue nuestro arreglo transicional, cargado de temores irracionales, antojadizos y profundamente manipuladores. Que haya encarnado tan perfectamente esos miedos es sobre todo prueba de que en realidad en la transición no era necesario temer tanto.

No deja de ser llamativo que muchos de los actores que la investigación de Azócar sitúa tras las arduas negociaciones de mediados de los 90 –parlamentarios, autoridades de gobierno, lobistas, empresarios– sean aún referentes activos de nuestra vida pública. Y no por la admirable longevidad y la mentada falta de renovación de nuestras élites:

es normal que una carrera política o empresarial dure cuatro o cinco décadas y solo termine cuando otros más jóvenes se toman el palacio de invierno (labor respecto de la cual varias generaciones de políticos profesionales chilenos simplemente abdicaron); lo sorprendente es la ausencia de complejos con que esa élite giró de posición. Desde el *lobby* de un subsecretario clave y las gestiones oficiosas de senadores influentes, desde una comisión que en 1995 pregunta si esto es parte de un programa sionista para trasladar población israelí en caso de que el conflicto del Medio Oriente escalara, al otorgamiento por unanimidad y por gracia de la nacionalidad póstuma a Tompkins en 2016 han transcurrido apenas veintiún años. Dos décadas en que en Chile operó un cambio de paradigma respecto de lo que es aceptable y lo que no. Aún hoy habrá líderes políticos que ven en Pumalín una amenaza a la soberanía, y quienes no perdonen a Tompkins haber torpedeado la megainversión de HidroAysén. Sin embargo, en 2016 la arbitrariedad de convertirlo en la bestia negra y ejercer sobre él todo el poder legítimo e ilegítimo al que pueda acceder un agente del Estado ya no es aceptable. Y eso es mucho cambio. Como es un pequeño triunfo que, tras años de ser hostilizado por un empresariado demasiado cómodo con sus prerrogativas y autorregulaciones, y radicalmente ajeno a las ideas de responsabilidad ambiental, algunas fortunas del país –entre ellas la de un expresidente y la de un millonario del *retail*– terminen derivando parte de sus rentas en inversiones ambientales.

Pero un país no se explica únicamente por sus élites y sus arreglos fundantes. Esa suele ser la salida cómoda de aquellos que reniegan de lo que los sociólogos llaman «agencia» y no es otra cosa que asumir que las personas tienen capacidades de actuar e interpretar el mundo más allá de una sospechosa tiranía de las estructuras. La gesta de Pumalín en los años 90 es también la expresión de una sociedad incapaz de empujarse lo suficiente sobre la cordillera como para saberse también parte de ciertas luchas y tensiones globales, de esas que se fundamentan y se resuelven más allá del corto plazo, del interés local y de las sacrosantas delimitaciones del Instituto Geográfico Militar y la Dirección Nacional de Fronteras y Límites del Estado. Es curioso que un país que se enorgulleció de su apertura a los mercados y de la admiración internacional que recogía por ser «el mateo del curso» fuese a la vez tan necio para entender que lo que estaba en juego también era parte del fenómeno globalizado del que se beneficiaba.

Si algo exasperó a Tompkins a lo largo de los años fue la incapacidad de los chilenos para entender el mérito de aquello que desde su perspectiva resultaba evidente. Hoy comprendemos que Pumalín fue un regalo de Tompkins a Chile y al mundo. Hace veinte años no era así. Quizás porque nadie estaba acostumbrado a recibir regalos, menos de un millonario; o que en la euforia del crecimiento de dos dígitos cualquier cosa que «pusiera freno al desarrollo» parecía más bien un presente envenenado; o porque el ambientalismo, salvo excepciones en los márgenes, era un tema que buena parte del sistema político veía como extravagante, como una distracción. Quizás la propia comunidad ambientalista chilena, no menos cerrada y longeva que la clase política, hacía poco por dar a conocer sus posturas más allá de los conversos. O tal vez se debiera a la inexistencia de canales alternativos de comunicación y coordinación social que permitieran hacer circular mensajes por fuera de los circuitos del poder (la ausencia de las redes sociales lo explica casi todo en estos días, es decir, no explica mucho).

También hay que decir que Douglas Tompkins era pésimo haciendo regalos: se enamoraba de la ofrenda sin importarles el costo, daba a entender al regalado que en realidad no lo merecía pero no le quedaba otra que recibirlo, y lo empaquetaba con papel de diario manchado.

Hoy, y desde hace unos años ya, las preocupaciones ambientales ya no son únicamente cosa de expertos. A principios de los 90 la Central Ralco en Alto Biobío, aberrante en su génesis y sus impactos sociales, solo movilizó a una comunidad acotada de organizaciones ecologistas y del mundo indígena. En años recientes, en cambio, hemos visto cómo, de Barrancones a HidroAysén, la cuestión ambiental se transformó en movimiento social y salió a la calle. Es más, posiblemente sea la reivindicación más transversal y compartida de todas: si según diversas encuestas el 25% de la población rechazaba HidroAysén el 2008, en 2014 esa cifra se elevaba sobre el 70%.

Hay varias razones para pensar que hoy el regalo de Tompkins habría sido mejor entendido. Ciertamente el derrumbe de la legitimidad de las instituciones de todo tipo, y en particular aquellas que se confabularon contra Pumalín: parlamento, gobierno, grandes empresas, iglesia, ejército, grandes medios. Y un ambiente cargado hacia la desconfianza que hace más fácil empatizar y solidarizar con causas en que la posición de las personas es relativizada. La ecología profunda, que definió filosóficamente la línea que Tompkins se trazó en Pumalín, como las ideas

que alimentan –muchas veces de manera inconsciente– el brote de los movimientos animalistas, encuentran en esta desconfianza interpersonal y con las instituciones un terreno fértil. No se necesita ser vidente para imaginar de qué manera la opinión pública más activa y opinante reaccionaría hoy ante una disyuntiva que sitúe de un lado los alerces, los huemules, un ecologista generoso y el cuestionamiento de la supremacía de la humanidad sobre los ecosistemas, y del otro a las autoridades políticas, las salmoneras, las hidroeléctricas, la iglesia, los militares. Sería simplemente una carnicería.

En cuanto a la persona de Douglas Tompkins, lo fascinante en último término es que solo se puede ser justo evaluándolo por sus resultados: es su obra lo que mejor habla de él. Llegamos a admirarlo a la vez a causa y a pesar de sus cualidades personales. Tompkins, el de la determinación irreductible, el de la generosidad enorme, el idealista fiel a sus ideas, es inseparable del hombre aparentemente desinteresado por las personas, de una falta de empatía enervante, desconfiado, inflexible y soberbio. Es mérito de *Tompkins, el millonario verde*, que es antes que nada una biografía, que logre fascinar al lector con este personaje, un filántropo admirable de cuyo legado se puede estar infinitamente agradecido sin encontrarlo particularmente querible.

He oído decir a Andrés Azócar que Tompkins evoca a Steve Jobs. Posiblemente compartía con el brillante fundador de Apple ciertos rasgos psicológicos: la dificultad para las relaciones personales y una predisposición obcecada hacia aquello que los apasionaba. Más interesante sin embargo es en ambos un cierto sentido de lo estético que a veces bordea lo obsesivo. La preocupación de Jobs por que sus diseños fueran bellos, únicos y perfectos llegaba al extremo de rechazar prototipos de computadores porque el ordenamiento de los componentes en el interior (tarjetas, circuitos, cables, lo que no se ve) no era estéticamente aceptable. En Tompkins también había un apego a la belleza, a su escenificación a la vez simple y monumental, que pareció guiar tanto su actividad empresarial como su activismo filantrópico. Quizá fuera eso, la centralidad de la belleza como elemento fundante de su proyecto, lo que lo alejó de una racionalidad nacional que en la época estaba dominada por una funcionalidad cortoplacista en la que campeaba el feísmo.

Para los que siempre lo vimos en fotos con boina patagónica, botas embarradas y un chaleco de lana cruda, puede ser difícil imaginarlo como un millonario en la industria californiana de la moda, frívolo y consumista.

Lo fue. Y como tal, miembro de esa camada de hombres de negocios que en los años 70 y 80 reinventaron –una vez más– el capitalismo. No Gordon Gekko, el estereotipo capitalista de Wall Street, sino más bien su opuesto. Como dice Luc Boltanski, lo que constituye la fortaleza inigualable del capitalismo es su capacidad de reinventarse, de reprocesar las críticas y arrancar hacia adelante. Y en los 80, en la Costa Oeste de Estados Unidos, en garajes de Palo Alto y talleres de moda de San Francisco, lo que operó fue justamente un proceso de reinención capitalista, tras los cuestionamientos sesentaiochistas por su anulación de la autonomía, la autenticidad, la inspiración y la libertad creativa. El capitalismo industrial, de correas y engranajes, aquel que retrató con maestría Charles Chaplin en *Tiempos modernos*, seguía operando, pero ya no inspiraba. Requería nuevos valores y prácticas. Un motor al que no le pareciera inconcebible que un empresario desapareciera un mes para escalar una montaña, que la belleza fuese un criterio de negocio, que el medio ambiente se incorporara a la racionalidad empresarial. Esa renovación sería en parte la que permitiría a la larga el surgimiento de las industrias creativas que definen hoy los sectores más dinámicos de la nueva economía. Se trata de un capitalismo que, sin abdicar de su voluntad de lucro, de su obsesión por los resultados y la búsqueda de la línea más corta hacia ellos, de su fe en la competencia (y Tompkins era eso: un competidor compulsivo), de las decisiones frías, lo hacía de una manera hasta entonces inconcebible. Tanto Jobs como Tompkins, en distintas escalas, fueron parte de ese movimiento.

Pero si Tompkins tiene algo de Jobs, tiene mucho de varios otros personajes. Por lo pronto se me viene a la cabeza Charles Foster Kane, el protagonista de la obra maestra de Welles, *Citizen Kane*. Pumalín es un Xanadú, o más bien un anti-Xanadú donde la intervención del ser humano únicamente se destina a actuar en absoluta discreción y para desintegrarse en el paisaje. Un Xanadú sin montañas artificiales sino con riscos inexplorados, sin réplicas de canales venecianos sino con estuarios patagónicos, sin estatuas de mármol de Carrara sino con alerces milenarios, sin zoológicos particulares sino con manadas de huemules circulando en libertad. Pero finalmente un Xanadú, un espacio distinto de cualquier otro, un reino monumental en el cual Douglas Tompkins era discretamente un rey entregado a sus pasiones.

Su vida fue en cierta medida la de un *man of action*. Se parecía en eso a los grandes escritores norteamericanos, desde Melville, Twain y Jack London a Hemingway y Kerouac. Tompkins el explorador, el

montañista, el kayakista, ese Tompkins en estado puro, viviendo y experimentando el mundo, sabiendo que morir era «parte del juego», es tributario de esa cualidad profundamente estadounidense, la de sentir que para describir el mundo no basta estar en él sino que es necesario experimentarlo, forzarlo hasta el límite. El que abandona su cómodo entorno para instalarse en un lugar improbable en el sur del mapa es también eso, *a man of action*, uno que encajaba las elucubraciones teóricas de la ecología profunda solo como parte del equipamiento para una travesía que estaba en cierto modo decidida de antemano.

Remando por esa última frontera que es la Patagonia, Tompkins y sus amigos recuerdan al naturalista Alexander von Humboldt, que en 1799 abandonó una vida acomodada en Alemania, se gastó hasta su último centavo en los mejores equipos científicos de la época y cogió una balsa para recorrer el inexplorado Orinoco junto a su amigo el botanista Aimé Bonpland. Considerado el padre del ambientalismo por su visión integradora de la complejidad de los sistemas naturales, Humboldt marcaría la senda de los grandes exploradores naturalistas del siglo XIX, y al hacerlo transformaría la perspectiva de América, desde un Eldorado por explotar a un paisaje único que había que entender, admirar y respetar.

En este libro se sugiere que Tompkins no cambió sino que fue Chile que lo hizo. Tengo mis dudas. Ciertamente la tozudez de «perro de presa» fue una característica que no lo abandonaría, hasta su última bocanada de aire. Sin embargo, sospecho que la mirada de Tompkins también cambió a lo largo de los años. A fuerza de decepciones, de la obligación de «salir a vender» su proyecto, de transar y buscar compromisos, todo indica que, sin renegar de sus convicciones filosóficas, también él fue cambiando. Y sería lógico que así fuera. Tompkins, el pragmático, entendió que de otro modo no habría Pumalín. Tompkins, el idealista, tuvo necesariamente que conocer y hacerse cargo de lo que en las últimas décadas fue un giro global en la tendencia a la conservación de grandes áreas de valor ecológico, a saber: que debe llevarse a cabo con las comunidades y no en su ausencia, que esas áreas deben protegerse para las personas y no de las personas. Esas personas que, a veinticinco años de su llegada a la Patagonia, comienzan a extrañarlos.

Florencio Ceballos
Julio de 2016